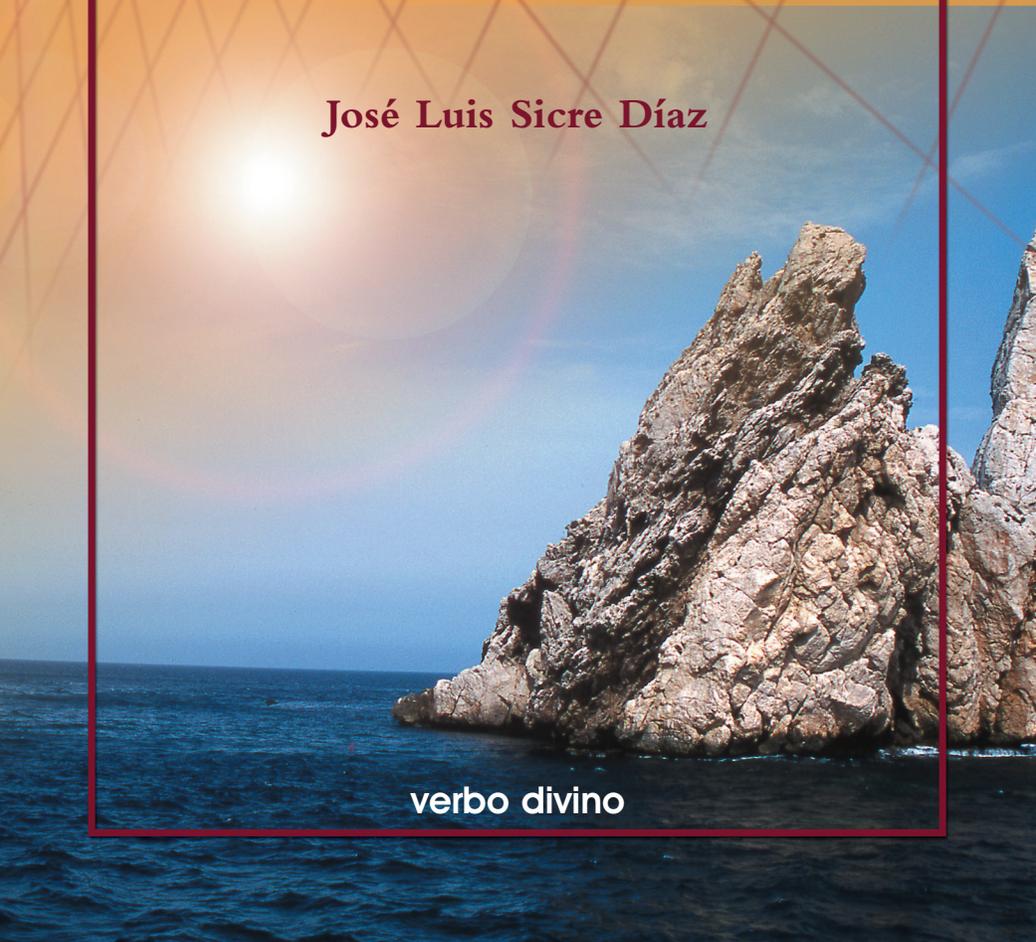


HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA

I. La fuerza del Espíritu

José Luis Sicre Díaz

verbo divino



José Luis Sicre

Hasta los confines de la tierra

I. La fuerza del Espíritu

evd

editorial verbo divino

Avda. Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
2005

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: *Chapitel Comunicación*

© José Luis Sicre

Fotocomposición: Megagrafic, Pamplona.

© Editorial Verbo Divino, 2005

© De la presente edición: Verbo Divino 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-454-2

ISBN versión impresa (volumen I): 978-84-8169-686-2

ISBN obra completa: 978-84-8169-685-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita imprimir o utilizar algún fragmento de esta obra.

Una breve introducción

Cuando terminé de publicar *El cuadrante* (1998), obra centrada en los evangelios y la figura de Jesús, muchas personas (es decir, algo más de cinco o seis) me insistieron en que escribiese algo parecido sobre san Pablo. La idea no me desagradaba, porque siempre me he sentido en deuda con él. A Pablo le debo en gran parte mi afición a la Biblia, aunque una serie de imponderables me haya obligado a centrarme en el estudio y la enseñanza del Antiguo Testamento.

Sin embargo, durante años me sentí totalmente bloqueado, incapaz de escribir nada. De hecho, antes incluso de la publicación de *El cuadrante*, ya había redactado unas páginas noveladas como introducción a las cartas de Pablo, usando personajes reales: el mismo Pablo, Timoteo, Tito, Áquila, Priscila... Influido por esa experiencia, pensaba que la nueva obra debía ser totalmente diversa a *El cuadrante* en sus protagonistas y en la forma de exposición. Pero no veía el modo de abordar el tema con ese nuevo enfoque.

Cuando alguien me recordaba el compromiso, como Guillermo Santamaría, director de Verbo Divino en septiembre de 2002, me entusiasmaba con él. Pero a los pocos días todo se desinflaba. En agosto de 2004, cuando mi buena amiga Gabriela Giampetruzzi me propuso por enésima vez que escribiese este libro, lo pensé durante dos días y le contesté que abandonaba definitivamente el proyecto y que nunca más volvería sobre él.

Sin embargo, ese fin de semana, el marido de Gabriela, Carlos Abella, como si no supiese nada del tema, me preguntó con la mayor ingenuidad: «¿Cuándo vas a escribir el comentario a los Hechos y a Pablo?». Y esa misma noche se hizo la luz. No se trataba de escribir algo radicalmente nuevo. Los mismos personajes, a excepción de Teófilo (muerto al final de *El cuadrante* y al que no podía resucitar) abordarían, con un método parecido, la aventura tan distinta de leer los Hechos y Pablo.

La mayor originalidad de la presente obra quizá radique en ir entreverando esos escritos tan distintos. Los problemas de la Iglesia primitiva que presenta el libro de los Hechos son vistos también desde la óptica paulina. Soy un entusiasta de Pablo —no me da vergüenza confesarlo—, y pienso que la mejor forma de entrar en contacto con su persona y su pensamiento no es estudiarlo sistemáticamente, carta por carta (con el esquema impuesto por la ciencia bíblica: autor, fecha de composición, estructura, contenido, etc.), sino abordando los problemas tan candentes y actuales —hoy como hace veinte siglos— a los que debió enfrentarse. Por eso, aunque algunas cartas son tan unitarias que se deben leer de principio a fin para entenderlas rectamente, otras, como las dirigidas a los Corintios, o incluso Romanos, se pueden desmembrar en los diversos temas que tratan y darlos a conocer sin relación entre ellos. Quien lea *Hasta los confines de la tierra* no tendrá al final unos conocimientos redondos y sistemáticos de las cartas de Pablo, pero espero que se haya asombrado de la actualidad y profundidad de su pensamiento. Y, sobre todo, de su enorme entusiasmo con la persona de Jesús.

Sin embargo, la base del relato lo constituye el libro de los Hechos, que los protagonistas van comentando pasaje por pasaje, sin omitir nada. La abundancia del material desaconsejaba tratarlo todo en un solo volumen. Es muy probable, aunque ahora mismo no puedo asegurarlo, que el resultado final sean tres.

Gabriela Giampetruzzi ha revisado meticulosamente esta obra durante su redacción y ha tenido la paciencia de leer cuatro o cinco versiones del mismo capítulo, aportando sugerencias siempre válidas e interesantes. Gracias a ella se han evitado graves errores y contradicciones. Ventajas de la globalización, que permite el envío inmediato de documentos entre Argentina y España. A ella, a su marido Carlos, y a la hija de ambos, María Belén, les dedico esta obra con todo cariño y gratitud.

Por último, antes de entrar en materia, aconsejo al lector que lea la historia siguiente.

En 1927, el compositor ruso Igor Stravinsky estrenó en París su oratorio *Oedipus rex*. Una obra basada en una tragedia griega y cantada en latín se prestaba a convertirse en un galimatías ininteligible para quien no fuese especialista en la cultura clásica. Por eso, al comienzo de la representación, Jean Cocteau subió al escenario y se dirigió al auditorio con unas palabras cargadas de suave ironía: «Señores espectadores, van ustedes a escuchar una versión latina de *Edipo rey*. Para ahorrarles todo esfuerzo de oído y de memoria, les recordaré de vez en cuando el drama de Sófocles».

Esta anécdota me vino a la mente cuando Ignacio Maury, tras leer el original de *Hasta los confines de la tierra* antes de mandarlo a la imprenta, me comentó por escrito: «Este nuevo libro puede caer en manos de personas que han leído *El cuadrante* o de personas que no lo conozcan. Yo estoy entre los del primer supuesto y, quizá por mi mala memoria, he tenido que recurrir a lo ya leído en *El cuadrante* para situar bien a varios de los personajes que se nombran en las primeras páginas».

Por consiguiente, en beneficio de quienes leyeron *El cuadrante* hace años y sólo guardan un recuerdo lejano, y de quienes no lo conocen, ofrezco dos opciones preliminares. La primera resume brevemente la trama. La segunda, al estilo de las

novelas de Agatha Christie, ofrece un simple elenco de los principales personajes.

Opción A (breve resumen de *El cuadrante*)

El protagonista de la historia, Andrónico, un joven cristiano del siglo I residente en Tróade, recibe de su padre, Teófilo, como regalo de bautismo, una copia del evangelio de Marcos, el único evangelio escrito hasta entonces. El interés que le suscita es relativo. Hasta que un día, por pura casualidad, encuentra un pasaje en el que se hace referencia al cuadrante, una moneda romana que no circuló en Judá durante la vida de Jesús. ¿Qué hace allí esta moneda? Este detalle despierta en él un interés creciente por el evangelio de Marcos. Pero no es fácil de entender, y a resolver las dificultades le ayudará en parte Livia, una cristiana de origen judío adoptada desde joven por Teófilo. Para Andrónico, huérfano de madre, Livia representa algo intermedio entre la madre y la hermana mayor.

Años más tarde se entera de que en Antioquía de Siria han escrito otro evangelio, el de Mateo. Deseoso de conocerlo, marcha a esa ciudad con intención de encargarse una copia. El obispo de la comunidad, Ignacio, le busca alojamiento en casa de Jacob y Sara, donde conoce también a su nieta Dina. Jacob, un anciano simpático, amigo personal del evangelista Mateo, le va explicando ese nuevo evangelio mientras dura la ardua tarea de realizar la copia.

Cuando vuelve a Tróade, al cabo de unos meses, se encuentra con la sorpresa de que su padre, el excelentísimo Teófilo, ha recibido ya el evangelio que le había prometido su querido amigo Lucas. Ya son tres los libros sobre Jesús, cada uno con su estilo y su mensaje peculiar.

Al cabo del tiempo, Andrónico, casado ya con Lucila, y con dos hijos (Elena y Néstor), deseoso de conocer más datos sobre el mundo en el que se movió Jesús, piensa adquirir una

obra de reciente publicación: la *Guerra de los judíos* de Flavio Josefo. Dado su elevado precio, intenta convencer a Lucila mediante una apuesta. Las reuniones mantenidas entre Teófilo, Andrónico, Lucila y Livia nos introducen en los temas más variados de la época de Jesús: geografía, historia, culto, grupos religiosos, etc.

Pasan los años. Elena se ha casado con Teodoro; Néstor sigue soltero. Y cuando Andrónico considera que ya nada nuevo le queda por aprender sobre Jesús, se presenta en la casa su gran amiga Dina, la nieta de Jacob. Ella y su marido, Felipe, le dan a conocer un nuevo evangelio, el de Juan, que irán comentando entre todos. La obra termina con la muerte de Teófilo.

El cuadrante, dividido en tres volúmenes («La búsqueda», «La apuesta» y «El encuentro») pretende ofrecer de forma novelada y amena los resultados más importantes de la investigación científica sobre los evangelios. Generalmente, sobre todo en los dos primeros tomos, cada capítulo novelado se completa con una exposición más teórica, pero siempre en lenguaje asequible. La parte novelada apareció posteriormente en un solo volumen con el título *Memorias de Andrónico*.

Opción B (lista de personajes principales por orden alfabético)

Andrónico. Protagonista de la historia. Nacido en Tróade el año cuarto de Nerón (58 de nuestra era), hijo de Teófilo y huérfano de madre desde muy pequeño. Livia es para él como una hermana mayor. Casado con Lucila, tiene dos hijos: Elena y Néstor. Su mayor virtud es el deseo de conocer todo lo relacionado con la persona de Jesús. Su mayor defecto, quedarse en un conocimiento teórico sin consecuencias prácticas.

Dina. Andrónico la conoce en Antioquía cuando ella sólo tiene once años de edad. Típica niña sabihonda, repelente a veces, pero que se hace querer. Al cabo del tiempo, casada ya

con Felipe, se presentará en Tróade como propagandista del evangelio de Juan. En *Hasta los confines de la tierra* no desempeña ningún papel, sólo se hace referencia a ella ocasionalmente.

Elena. Hija mayor de Andrónico y Lucila. Casada con Teodoro, con quien tiene tres hijos. Andrónico se siente muy compenetrado con ella.

Felipe. Esposo de Dina, propagador entusiasta del cuarto evangelio. Sólo aparece de pasada en *Hasta los confines de la tierra* y no tiene nada que ver con el apóstol Felipe ni con el diácono del mismo nombre.

Julia. Hija de Elena y Teodoro, nieta preferida de Andrónico.

Livia. Cristiana de origen judío y padres esenios. Huérfana desde muy joven, fue adoptada por Teófilo y su esposa, criándose en la casa como una hija. Su origen judío le permite un conocimiento de las Escrituras judías muy superior al de los otros miembros de la familia. Soltera por decisión personal, se dedicó a cuidar a Teófilo y mantiene vivo su recuerdo.

Lucila. Esposa de Andrónico, mujer práctica y muy entregada a los miembros más necesitados de la comunidad, adopta a menudo una actitud crítica ante la postura de su marido, que considera demasiado intelectual.

Néstor. Hijo menor de Andrónico y Lucila, casado con Talía, con quien tiene tres hijos.

Talía. Esposa de Néstor, de origen pagano, convertida pocos años atrás al cristianismo. Mujer de gran cultura y extraordinarias ansias de saber.

Teófilo. Padre de Andrónico, ya muerto cuando comienza *Hasta los confines de la tierra*. Este personaje ficticio se basa en el personaje real al que Lucas dedicó sus dos volúmenes: Evangelio y Hechos de los apóstoles.

PARTE I

La fuerza del Espíritu

1

Talía

Habían pasado varios años desde que terminé mis memorias sobre los evangelios, que quizá ya conoces, cuando una tarde se presentó en mi casa nuestro obispo, Demetrio. Sus visitas eran frecuentes y no me extrañó. Pero esta vez no dejó pasar el tiempo en saludos protocolarios y temas anodinos.

–Tú estuviste en Antioquía de joven, ¿verdad?

–Sí. Fui a conseguir una copia del evangelio de Mateo.

–Y conociste a Ignacio, el obispo.

Sus palabras me pusieron en guardia ante la posibilidad de una mala noticia.

–¿Ha muerto?– me animé a preguntar tras un breve silencio.

–No. Está en Esmirna.

Luego, con una mezcla de orgullo y tristeza, añadió:

–Va preso a Roma. Lo más probable es que muera mártir.

No podía imaginar en aquel momento que de Esmirna vendría a Tróade y permanecería con nosotros unos días, antes de que lo obligasen a continuar su viaje a toda prisa¹.

¹ El paso de Ignacio por Esmirna y Tróade tuvo lugar en fecha incierta entre los años 107-117. El dato que ofrece Andrónico no aclara en qué fecha escribió esta continuación de sus Memorias. De otros detalles se deduce que es hacia el 115.

Comprenderás la emoción que me produjo volver a encontrarme con él. Pero no deseo centrarme en su persona, ni en las tres cartas que escribió estando entre nosotros, ni en las otras que había enviado desde Esmirna a algunas iglesias cercanas. La presencia de Ignacio fue decisiva para mí, pero por otro motivo: me devolvió a la realidad.

A la redacción de las memorias, habían seguido unos años dedicados a instruir a mi hijo Néstor en los negocios familiares para que ocupase mi puesto cuanto antes. Y cuando él comenzó a recibir a los clientes, a controlar los envíos y llegadas de mercancías, la producción de los campos, me sentí el hombre más feliz del mundo, libre para dedicarme a mi gran afición por la lectura.

La noticia de la prisión de Ignacio y de su posible martirio me hizo caer en la cuenta de lo alejado que había vivido de los acontecimientos diarios de la comunidad y de las otras iglesias. No se trataba de una lejanía absoluta, sino de un desinterés práctico por los informes que llegaban, cada vez más preocupantes.

Un día comentaron en la asamblea litúrgica que Simeón, el obispo de Jerusalén, había sido crucificado, después de sufrir tortura durante muchos días. El hecho de ser familiar de Jesús y obispo de Jerusalén concedía especial relevancia a la noticia. Alguno añadió que había muerto a la edad de ciento veinte años, cosa que me pareció un tanto exagerada, pero que no puedo afirmar ni negar. Sin embargo, esta noticia y otras parecidas de persecuciones en diversas partes del Imperio no alteraban mi ritmo de vida ni me provocaban una sensación de inseguridad.

Y ahora, cuando el que marchaba al martirio era alguien especialmente conocido y querido, los ojos se me abrieron para entender la realidad de forma nueva. También logré valorar a fondo otros datos más cotidianos y menos heroicos.

Para explicártelo necesito retroceder en mi relato y hablarte del matrimonio de mi hijo Néstor. Se había casado diez años antes con una muchacha de origen pagano llamada Talía. Aunque nunca la vi coronada de hiedra, ni con máscara festiva y cayado de pastor, tenía el carácter risueño de la musa de la comedia. Yo la conocía desde niña, porque su padre, Jasón, y su abuelo paterno, Ascanio, eran grandes amigos de nuestra familia. Ascanio, un pagano piadoso que hablaba con respeto de los dioses y procuraba hacer el bien a los demás, se sintió desconcertado cuando se enteró de la conversión de mi padre. No podía entender que un hombre culto y respetable se adhiriese a una de esas muchas religiones orientales, sobre todo a una tan criticada como la cristiana. Mantuvieron la amistad, aunque de forma algo distante. En cambio, Jasón y yo seguimos sintiéndonos unidos a pesar de las diferentes convicciones religiosas. Fue eso lo que posibilitó el matrimonio de nuestros hijos.

Yo sentía ciertas prevenciones con respecto a Talía, no sólo por el hecho de ser pagana, sino por ser también demasiado guapa. Tenía miedo de que Néstor se hubiese enamorado de ella por su aspecto físico, pasando por alto valores más importantes en el matrimonio. No podía criticarlo por ello; a mí me había ocurrido lo mismo con Lucila. Pero siempre tendemos a condenar en los demás esas mismas actitudes que justificamos en nosotros.

De todos modos, mis prejuicios con respecto a Talía desaparecieron pronto. Me llamó la atención que todas las mujeres de la familia (Lucila, Livia, Elena) se sintiesen de inmediato atraídas por ella. Una mujer puede disimular sus sentimientos. Tres, imposible. También los hijos de Elena le manifestaban gran cariño, incluso antes de convertirse en su tía. Pero el detalle más importante lo supe cuando habían pasado varios meses.

Si estás casado, conocerás esa habilidad que tienen las mujeres para presentarte como archisabida una cosa de la que no

tienes la menor idea. Encima, te culpabilizan con la repetida frase: «¿Cómo es posible que no lo sepas? Te lo he dicho infinidad de veces». Lo que yo debería saber, pero no sabía, porque había escuchado cientos de veces, pero nunca oí, es que Talía era catecúmena y se estaba preparando para el bautismo.

La noticia supuso una gran alegría, pero en aquel momento no supe valorarla rectamente. Cuando pasaron unos años, en el contexto de la persecución contra Ignacio, el hecho adquirió un sentido nuevo. Yo había procurado, desde joven, ignorar las críticas y acusaciones contra los cristianos. Tranquilo por mi posición social, seguro de mis conocimientos, no me inquietaban las estupideces que pudiese decir sobre nosotros la pobre gente ignorante.

Por eso, la conversión de Talía no me pareció algo extraordinario. Al contrario, la consideré lo más lógico. Ahora comprendí que no era así, y me sentí en deuda con ella. Una deuda fácil de subsanar.

Cuando Néstor y Talía se casaron, se quedaron a vivir con nosotros, en la parte de la casa que había ocupado mi padre hasta su muerte. Bastaron unas pequeñas reformas y ampliaciones para que pudiesen residir en ella con toda comodidad, incluso cuando fueron naciendo los hijos.

No me resultó difícil encontrar a Talía, tomando el sol con los niños y la criada en el jardín. Estaba de espaldas, pero su voz me llegó clara.

—Los elefantes son tan buenos que cuando pasan por mitad de un rebaño de ovejas las apartan con la trompa para no hacerles daño. Y cuando son atacados, ponen en medio a los elefantes enfermos, a los cansados y a los heridos, para que no sufran más.

Fueron los niños quienes advirtieron mi presencia y pusieron fin a sus bellas historias de elefantes. La criada comprendió que quería hablar con Talía y se los llevó a jugar. Me sen-

té a su lado, carraspeé buscando el comienzo exacto, y decidí abordar el tema de forma directa.

—¿A ti te costó mucho hacerte cristiana?

Me miró con su habitual sonrisa, pero con aire de desconcierto. Intenté ayudarla ampliando mi pregunta.

—Tus padres no son cristianos. Imagino que en tu casa no se hablaría muy bien de nosotros. Y tus amigas te comentarían los rumores que corren sobre los cristianos.

Permaneció en silencio, con la mirada perdida en la fuente. Luego me miró a los ojos:

—¿Por qué me hablas de estas cosas? Hace diez años que vivo en esta casa y nunca me lo habías preguntado.

No pude evitar sonrojarme.

—Cuando era joven —le respondí— estuve una temporada en Antioquía, ya lo sabes. Allí conocí al obispo, Ignacio. Ahora va camino de Roma, donde es probable que lo condenen a muerte. Y eso me ha hecho pensar que los cristianos estamos mal vistos y amenazados, y que tú debías saber todo eso cuando te convertiste.

—Sí, lo sabía... Pero no por mis padres.

Talía ríe de forma alegre, pero sin estridencia. Un arte muy difícil, que le da un encanto especial.

—Mi abuelo Ascanio no toleraba que se criticase a los cristianos. Siempre decía lo mismo: «La gente puede decir lo que quiera; pero si Teófilo es cristiano, no deben ser malos». Y esa norma continuó en la familia. Las críticas más duras las escuché de mis amigas, de las criadas, de la gente que acudía a la casa... Las cosas que decían eran terribles. Al principio, cuando yo era pequeña, la que más me impresionaba era la del infanticidio. ¿Sabes a qué me refiero?

—He oído algo, pero siempre prefería no enterarme de esas calumnias.

–Dicen que cuando uno de nosotros va a incorporarse a la comunidad e iniciarse en los misterios, tomamos a un niño muy pequeño, lo recubrimos por completo de harina y lo colocamos sobre una mesa. Cuando el neófito entra en la sala, le ordenan que golpee con fuerza aquella masa. Él lo hace, pensando que no se trata de nada grave. Y golpea una y otra vez hasta que mata al niño.

Un rictus amargo se dibujó en el rostro de Talía. Le costaba verdadero esfuerzo continuar su relato.

–Dicen que luego todos nos lanzamos sobre el niño muerto para lamer su sangre y repartirnos sus miembros. Que así sellamos nuestra alianza con Dios.

Haciendo un esfuerzo volvió a sonreír.

–Otra acusación no la entendía de pequeña porque no sabía lo que era el incesto. Y cuando preguntaba qué significaba esa palabra, todos se ponían colorados y cambiaban de conversación. Me enteré cuando tenía doce o trece años. Me lo contó una amiga que no omitió ningún detalle escabroso. Según ella, los cristianos se reúnen en sus días de fiesta para celebrar un gran banquete. Acuden con sus hijos, hermanas, madres, personas de todo sexo y edad. La sala está iluminada sólo por un candelabro, al que se encuentra atado un perro. Cuando han comido y bebido abundantemente, ya medio borrachos, excitan al perro echándole trozos de carne a un sitio al que no puede llegar, hasta que el perro tira el candelabro, se apaga la luz, y todos se abrazan al azar y se entregan a la mayor orgía entre hermanos y hermanas.

–¿Y tú te creías todo eso?

–Al principio, sí. Luego comencé a recordar las palabras de mi abuelo: «Si Teófilo es cristiano, no pueden ser malos». La verdad es que no podía imaginarme a tu padre bebiendo la sangre de un niño ni practicando el incesto.

Se agachó a recoger unas piedrecitas y jugar con ellas.

–La gente decía otras muchas cosas malas de nosotros, como que damos culto a un asno crucificado.

Advertí que se ponía extraordinariamente colorada y que no se atrevía a seguir.

–¿Qué más? –la animé.

–Me da mucha vergüenza decírtelo. Dicen que adoramos los genitales del sacerdote como si diésemos culto al sexo de nuestro propio padre.

También yo me puse colorado de vergüenza e indignación.

–¿Cómo pueden inventar esas mentiras?

Talía no respondió a mi pregunta. Siguió el hilo de sus recuerdos.

–Con el tiempo, todas estas acusaciones me fueron resultando ridículas y sin fundamento. Pero hubo otras que sí me crearon más problemas. Mi abuelo, aunque no acepta esas acusaciones absurdas, está en claro desacuerdo con ciertas cosas. «No se puede despreciar la religión de nuestros mayores ni ofender a los dioses», repite a menudo. Para él, el cristianismo es una novedad que pone en peligro la estabilidad de la ciudad y del Imperio. Cuando los dioses se sienten ofendidos, envían toda clase de calamidades: inundaciones, terremotos, epidemias, incursiones de los bárbaros, derrotas militares...²

–A pesar de todo, decidiste hacerte cristiana.

Esta vez fue ella quien se ruborizó.

–Reconozco que al principio fue por Néstor. Lo veía tan convencido, que me parecía importante para estar unidos compartir la misma fe. La catequesis era para mí una forma más de darle una gran alegría. Luego, poco a poco, me fui

² Sobre las acusaciones contra los cristianos, véase la nota complementaria «Las acusaciones contra los cristianos», en pág. 289.

convenciendo de las verdades que me enseñaban. Ya no era por Néstor. Era por mí misma... y por nuestro Señor Jesucristo. Se lo termina queriendo mucho, ¿verdad?

Era la primera vez que hablaba con Talía de estos temas y no me esperaba una sinceridad tan espontánea.

—Sí —reconocí—, se lo termina queriendo mucho.

Mientras me levantaba le comenté:

—Muy simpáticas esas historias de los elefantes. ¿Quién te las ha contado?

Ella sonrió satisfecha, pero no respondió.

—Es un secreto. Los niños piensan que he vivido mucho tiempo con los elefantes.

Fueron ellos (los niños, no los elefantes) quienes nos obligaron a interrumpir la conversación. Pero lo hablado era suficiente; mi curiosidad estaba satisfecha. Sin embargo, Talía volvió algo más tarde y se sentó a mi lado.

—Antes se me olvidó una acusación muy importante: la de ateísmo.

Quizá esperaba una reacción más fuerte de mi parte, que no se produjo.

—De ésa he oído hablar mucho. Siempre me pareció la cosa más absurda del mundo.

Talía sonrió.

—Porque no has sido nunca pagano. Si te hubiesen educado adorando a cientos de dioses, cuando te dijese que hay uno solo te parecería una locura. Además —la expresión de Talía se volvió seria—, nuestro dios no parece demasiado poderoso. La gente no comprende que renunciemos a los dioses romanos, que dominan el mundo entero, y demos culto a un dios incapaz de librarnos de las menores desgracias. Cuando pensaba en esto, recordé que un día vinieron a casa de mis padres unos amigos. La conversación recayó sobre los cristianos.

Ni siquiera mencionaron las acusaciones de infanticidio o de incesto. Eran personas cultas que no aceptaban calumnias absurdas. Pero había algunas cosas que les molestaban muchísimo de vosotros.

Se corrigió con una sonrisa.

—De vosotros, no, de nosotros. La primera está muy relacionada con la acusación de ateísmo. Dicen que por culpa nuestra los templos están casi desiertos, la gente no asiste a las ceremonias rituales, no se vende la carne de las víctimas. Y eso pone en peligro la estabilidad y la paz del Imperio. Lo mismo que dice mi abuelo. También nos acusaban de ignorantes. No puedes imaginarte la cantidad de adjetivos despreciativos que nos aplicaban: obtusos, rudos, idiotas, cabezones... Una religión para pobres mujeres crédulas, que se dejan arrastrar por la debilidad de su sexo... En fin, que no ven nada bueno en nosotros. Lo curioso es que nos critican por todas partes, pero el número de cristianos sigue creciendo. Ese tema preocupa mucho a las autoridades.

—¿Tú tienes mucha relación con las autoridades? —le pregunté con cierta ironía, pero con cariño.

—Yo, no; mi padre, sí. Y luego me lo cuenta. Desde que me hice cristiana, aunque no esté de acuerdo conmigo, me informa de las cosas que pueden interesarme. Ellos tienen mucho miedo de lo que pueda ocurrirme.

—¿Qué te va a ocurrir, Talía? Aquí estás segura.

—Eso es lo que tú crees. Y quizá llesves razón. Pero los cristianos están siendo muy perseguidos por todas partes. Eso deberías saberlo tú mejor que yo.

* * *

Con gran vergüenza mía, debí reconocer que no estaba muy informado de esos hechos. Tróade siempre ha sido una

ciudad tranquila, poco conflictiva. Nuestra comunidad no llamaba demasiado la atención. Y yo me había aislado tanto en mis intereses y gustos, que el mundo se acababa a pocas millas de mi familia y de mis libros.

La conversación con Talía me hizo reflexionar sobre la dificultad de ser cristiano. Algo que yo sabía, porque Jesús pronuncia en los evangelios palabras muy claras en este sentido. Y él mismo fue el primer perseguido y condenado a muerte. Pensando en el tema, recordé haber leído una obra que hablaba de las persecuciones y dificultades que sufrieron los primeros seguidores de Jesús. La había leído hacía mucho tiempo y casi la había olvidado. Pero no me cabía duda de que fue durante el viaje de vuelta de Éfeso, cuando conocí a Lucas. Era la segunda parte de su obra.

2

Primer contacto con la obra

No sé si has tenido la experiencia de releer un libro treinta años después de haberlo leído por vez primera. Cuando yo la tuve con la segunda parte de Lucas, casi todo me resultaba nuevo; sólo de vez en cuando, rápido como un relámpago, un diálogo o una escena me resultaban remotamente conocidos.

No había sido difícil localizar el rollo. Entre los que yo he ido comprando y los heredados de mi padre, poseo una buena biblioteca, pero no tan grande como para perderme entre ellos. Lo identifiqué fácilmente gracias a la cinta con el título: un sencillo «Lucas B». No era un rollo nuevo, como los que algunos guardan para presumir más de ricos que de cultos. Los bordes reflejaban una lectura frecuente, el deterioro provocado por unas manos que lo han desenrollado y enrollado muchas veces. La imagen de mi padre se mezcló con la de Lucas, orgulloso siempre de sus escritos, sonriendo satisfecho, con un deje de humor. Tardé un buen rato en liberarme de mis imágenes queridas, desatar la cinta y desenrollar el escrito.

«En la primera parte, Teófilo...»

De nuevo se hizo presente mi padre, no con la última imagen de su cuerpo muerto, sino con su sonrisa afable, su bondad espontánea, su alegre fe y su obstinada caridad. Y Lucas, su buen amigo, lo llama «Teófilo», sin más. No «excelentísi-

mo Teófilo», como en la dedicatoria de la primera parte. Tampoco «querido Teófilo». Simplemente «Teófilo», como signo de la amistad y fraternidad que los igualaba¹.

Pero no pretendo dejarme arrastrar por la melancolía ni los recuerdos. Deseo hablarte de la obra en su conjunto, antes de dártela a conocer de forma detallada, si es que tu paciencia y benevolencia te impulsan a seguir leyendo.

Si me dejase llevar por mi afición a exagerar, te la recomendaría diciéndote que es una obra maravillosa, apasionante. Y podría provocar tu desconcierto y decepción cuando empieces su lectura, porque la parte más amena e interesante, la que te fuerza a seguir leyendo hora tras hora, no es precisamente la inicial. El comienzo incluso puede resultar aburrido y pesado. Relatos de gran interés se ven interrumpidos por largos discursos de Pedro, que no habla como el sencillo pescador galileo que fue, sino como un experto en las Escrituras judías, capaz de argumentar y terminar probando lo que le interesa.

En un primer momento me desconcertó este procedimiento de Lucas. Siempre he pensado que un relato debe empezar de forma atractiva, captando la atención del lector. Más tarde, cuando resulta imposible dejar la lectura, el autor puede permitirse momentos de menor tensión e interés. ¿Por qué en la segunda parte de Lucas ocurre lo contrario? Probablemente porque quiso respetar sus fuentes, sin mutilar lo que había recibido. Además, él no escribe para entretener sino para informar y fortalecernos en la fe.

He titulado esta continuación de mis memorias «Hasta los confines de la tierra» porque pienso que refleja bien el contenido de lo que cuenta Lucas. Me baso para ello en unas pala-

¹ Muchas traducciones dicen: «querido Teófilo». Sin embargo, los mejores códices dan la razón a Andrónico. Sólo dicen: «oh Teófilo». (*N. del E.*)

bras que Jesús dirige a sus discípulos poco antes de subir al cielo: «*Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra*». Estas pocas palabras desvelan el progreso geográfico del relato y cómo la fe en Jesús se fue extendiendo por todo el Imperio².

* * *

Mi intención era leer la obra de Lucas sin prisas pero sin pausa, a mi aire y al ritmo que me impusiese el texto. Todo cambió la primera mañana, cuando Lucila entró en el despacho mientras yo leía. Se fijó en el volumen, inicialmente sin prestarle importancia, y de pronto dijo:

—Ése es uno de los rollos que escribió Lucas.

Confieso que me sorprendió su acierto.

—¡Que vista tan buena tienes!

—Los conozco de memoria. No te imaginas la cantidad de veces que vi a tu padre leyéndolos.

—Yo éste sólo lo leí una vez, hace muchos años, cuando volví de Éfeso.

—¿Piensas leerlo de nuevo?

—Sí —respondí escueto, sin revelar lo que me había llevado a esa decisión.

Lucila se quedó mirándome un momento. Luego me propuso:

—Podríamos leerlo juntos. No me refiero a ti y a mí, pienso en todos: Livia, Néstor, Talía... como hicimos con esos libros tan caros que compraste de un autor judío... ésos que no has vuelto a leer..., o con el cuarto evangelio, el que trajeron Dina y Felipe.

² Para ampliar información sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles, véase la «Base de datos», en págs. 281-288.

Guardé silencio, no muy convencido. Finalmente, confesé:

—Ahora la situación es distinta. Ya no está mi padre.

—Es cierto, lo echaremos de menos. Pero el peso principal de las reuniones recaía siempre sobre ti. Eso puede mantenerse.

—Pareces muy interesada en que volvamos a reunirnos.

—La verdad es que sí. A ti te vendría bien, y también a los demás. A veces echo de menos aquellas conversaciones. Si te descuidas, al terminar el día sólo has hablado de cosas intrascendentes. Livia piensa lo mismo, me lo comenta a menudo. Y a Néstor y Talía también les harían mucho bien. Lástima que no puedan venir Elena y Teodoro.

—Hace unos días tuve una charla muy interesante con Talía, sobre las dificultades que tuvo para hacerse cristiana.

—No me dijiste nada.

—Se me pasó, es verdad.

Antes de seguir mi relato te explico la ausencia de Elena y Teodoro. El padre de Teodoro había muerto dos años antes y su madre estaba muy delicada de salud. No se atreverían a dejarla sola por las noches, hora en que solíamos celebrar nuestras reuniones. Una pena, porque los dos podrían aportar mucho y disfrutarían con ellas. En compensación, la idea de que Néstor y Talía estuviesen presentes me atrajo bastante, quizá por esa vanidad inevitable de poder lucirme ante mis hijos.

Aquella noche, cuando lo propuse en la cena, la aceptación fue inmediata. Tan rápida, que sospeché la mano oculta de Lucila convenciendo a todos de antemano. Decidimos comenzar la noche siguiente.

* * *

No sé por qué, me sentía algo nervioso. No se debía a la presencia de dos personas nuevas en la reunión. Era cierta in-

seguridad a propósito de la materia que debía comentarles, que no me resultaba tan familiar como los evangelios. Cuando los cinco estuvimos sentados, caí en la cuenta de que debía hacer una advertencia previa:

—Talía, este rollo es el segundo de una obra que Lucas concibió en dos partes. En la primera habla de Jesús, desde su nacimiento hasta su subida al cielo. En ésta, de lo que ocurrió más tarde. La primera parte la conocemos como «el evangelio». A esta segunda, si tuviera que ponerle un título, la llamaría: «Hasta los confines de la tierra».

Desenrollé el volumen y les señalé unas líneas en la primera columna.

—Aquí, nada más comenzar, Jesús dice a sus discípulos: «Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra».

Advertí que mi nuera quería decir algo pero se contuvo. La animé a hablar.

—¿Qué ibas a decir, Talía?

No esperaba mi interpelación y se puso colorada.

—Es que hay una cosa que no entiendo. Has dicho que ese rollo habla de lo que ocurrió después de la ascensión de Jesús al cielo; sin embargo, has leído unas palabras tuyas.

—Es cierto. Lucas, al principio de este volumen, repite lo que contó al final del primero, para que al lector le resulte más fácil relacionarlos. No tengas miedo a preguntar y a decir lo que piensas. Y tú, lo mismo, Néstor. Lo importante es que todos intervengamos.

Volví a señalar las palabras que acababa de leer.

—Lucas era un gran escritor. En esta frase resume lo que va a desarrollar en toda la obra: cómo los apóstoles son testigos de Jesús primero en Jerusalén, luego en Judea y Samaria, y, por último, hasta los confines de la tierra.

–Los confines de la tierra deben ser las islas Británicas –comentó Néstor, orgulloso de demostrar sus conocimientos.

–O las columnas de Hércules –sugirió Livia.

–Ésas están demasiado cerca –objetó él.

–Si le preguntasen a mi abuelo, diría que el confín del mundo es Roma –intervino Talía–. No quiero decir que sea verdad, me refiero a lo que pensaría mi abuelo. El confín de la tierra no es lo más lejano, sino lo más importante. Mi abuelo, desde que leyó la *Historia de Roma* de Dionisio de Halicarnaso, está convencido de que lo más importante del mundo es Roma.

–A lo mejor el abuelo de Talía tiene razón y Lucas estaba de acuerdo con él. Lo digo porque esta obra termina en Roma. O sea, que cuando Jesús dice a los discípulos que serán testigos suyos hasta el fin del mundo, les promete que llegarán hasta Roma. De Jerusalén a Roma: lo que menos podía imaginar aquel pequeño grupo de discípulos.

Levanté el rollo mostrándolo a todos, cosa innecesaria porque lo veían perfectamente.

–Para mí, la gran sorpresa no ha sido hasta dónde llegó el testimonio de Jesús, sino quiénes fueron los testigos. Al principio, después de contar la ascensión, Lucas menciona a los once discípulos que quedaron tras la muerte de Judas, y también hace referencia a algunas mujeres, a María, la madre de Jesús, y a sus hermanos. Yo pensaba que éstos serían los testigos. De hecho, al principio se habla mucho de Pedro y Juan. Pero de los otros no se cuenta nada o casi nada. Los testigos serán también otros personajes nuevos, distintos de los doce, sobre todo Pablo. Pablo es el gran testigo de la segunda mitad de este rollo. Lo que se cuenta de sus viajes es apasionante. Ya sabéis que fue él quien nos predicó el evangelio.

–Y quien resucitó a Eutico –interrumpió Livia riendo–. ¡Qué pesado se ponía, Dios mío! Cada vez que me lo encontraba me contaba la misma historia.

Advirtió el desconcierto de Talía y le explicó:

—Eutico era un muchacho cuando Pablo visitaba la comunidad. Una noche, Pablo se alargó hablando, Eutico se quedó dormido, se cayó desde el piso de arriba y pensaron que se había matado. Pablo bajó, lo abrazó, y dijo que no le pasaba nada. Pero Eutico siempre afirmaba que él había muerto y que Pablo lo había resucitado.

—Eso se cuenta aquí con bastante detalle —intervine yo—. Pero no adelantemos acontecimientos. Sólo quiero comentar otras dos cosas a propósito de esta obra, para que no os extrañen cuando la vayamos leyendo.

La primera es que, además de los apóstoles y los otros testigos, hay también otros grandes protagonistas: los ángeles, sobre todo en la primera mitad. Se aparecen a los discípulos en el monte de los Olivos, abren las puertas de la cárcel a los apóstoles, le dicen al diácono Felipe que vaya al encuentro de un eunuco etíope, se aparecen al centurión Cornelio, liberan a Pedro de la cárcel... Ahora mismo no recuerdo más datos, pero éstos son suficientes.

La segunda, muy relacionada con la anterior, es que se cuentan muchos milagros y toda clase de prodigios. Por ejemplo, Pedro tenía tanta fama de hacer milagros que la gente colocaba a los enfermos en literas y camillas, por la calle, para que al pasar los cubriese su sombra.

—Pero eso es normal —comentó Talía.

—¿Te parece normal? —le preguntó Néstor admirado.

—En todas las obras históricas se cuentan milagros y prodigios.

—Por ejemplo, en la *Historia de Roma* de Dionisio de Halicarnaso —le respondió su marido con cierta ironía.

—Sí, aunque Dionisio no cuenta demasiados. Si quieres más puedes verlos en la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia.

Lo dijo sin petulancia, como quien comenta a uno de sus niños dónde puede encontrar el juguete que busca. Nunca había imaginado que mi nuera fuera tan culta.

–Imagino –continuó ella– que se contarán esos milagros y prodigios para demostrar que Dios interviene en la historia, que la comunidad cristiana se difunde gracias a Él. Cuando queráis, os puedo contar algunas de esas historias prodigiosas que se leen en Diodoro y en Dionisio. Me las sé de memoria.

Advirtió mi expresión de asombro y se sintió obligada a justificarse.

–A mi abuelo Ascanio le gustan mucho esas obras, y cuando yo era pequeña me leía lo que podía resultarme más interesante. Luego, yo misma las leí por mi cuenta. (Se volvió hacia mí con una sonrisa.) Las historias sobre los elefantes las leí en la *Historia natural* de Plinio.

Los demás nos miraron sin saber de qué hablábamos.

–Bien, vamos a continuar con el tema –propuse–. Sólo quiero deciros, para terminar, que esta obra no sólo cuenta milagros y prodigios. También ofrece una información muy exacta de lo que ocurrió en las primeras décadas después de la muerte de Jesús. Creo que merece la pena ir la comentando poco a poco.

Hubo acuerdo unánime en continuar las reuniones y en que Talía explicase cuáles eran esas historias de elefantes.

* * *

–No imaginaba que Talía supiese tantas cosas –le comenté a Lucila ya en el lecho.

–¿Por qué no? Ascanio es un hombre cultísimo, tiene la mejor biblioteca de Tróade. Era la envidia de tu padre, ¿no te acuerdas?

–Ahora que lo dices, sí. Pero no lo había relacionado con Talía.